

Presentación |

Soy muy, muy afortunado: casi nunca me duele la cabeza. Se trata de uno de los males más frecuentes, pertinaces e incapacitantes que existen. La buena noticia es que Ponce se sabe el remedio. A Ponce le tengo por mi osteópata si no del dolor de cabeza, sí de cabecera: le consulto ante cualquier contrariedad psicofísica, y digo psicofísica porque Ponce me ha enseñado que toda afección física remite a un gemido psíquico, que anatomía y emociones conforman un solo e integrado ovillo. Así lo revela en este luminoso libro que vincula las emociones profundas a las cefaleas y migrañas, para las que nos trae aquí su holística cura.

Frecuento desde hace años a David Ponce porque se me antoja un sabio de cuerpo y alma. Ponce sabe dónde y de qué modo se entrelazan huesos, nervios, fluidos y emociones. Y, desde esa sabiduría –con diáfano discernimiento y serena seguridad–, me ha sacado de más de un apuro. Hace año y pico, por ejemplo: entré en quirófano para ser operado de una hernia inguinal... y al día siguiente, cuando salí del hospital, no podía mantenerme en pie sin sentir una aterradora

dora cefalea, zumbidos en los oídos, mareos y náusea. Tras tres días insufribles..., corrí a ver a Ponce.

¿Por qué sentía tan desagradables sensaciones? Ponce me lo aclaró: la punción de la anestesia epidural había lesionado la duramadre de mi médula espinal. Ponce me tranquilizó diciéndome que me sacaría de aquel infierno... y empecé ya a mejorar. Con un desbloqueo de cervicales, un abrazo para chasquear la columna y unas dosis de homeopatía oral e inyectada..., dejé atrás la insoportable cefalea y los restantes síntomas.

Entonces Ponce me riñó suavemente, así: «la próxima vez, antes de aceptar un quirófano..., ¡ven a verme!». Como diciéndome: «que haré que no necesites la operación».

David Ponce no es un iluminado ni un gurú, es un científico cuyos conocimientos superan los de la mayoría de sus colegas, porque incorpora radiografías de alma, empatía y afecto. Ponce está encarnando la inveterada y rara estirpe de los buenos especialistas en salud, aquellos que no precisan de fármacos porque ellos mismos son hombres-medicina: sólo con ver, tocar y sonreír a sus pacientes, sólo con decirles que van a curarse..., están ya sanándolos.

Si has hecho ya de todo para eliminar tus dolores de cabeza y has fracasado, lee este libro: con David Ponce descubrirás el mucho tiempo y sufrimientos que podrías haberte ahorrado.

VÍCTOR-M. AMELA,
escritor y periodista